

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8737

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PERIÓDICO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreste, rue Caumartin, 6, Nr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Miércoles 10 Diciembre 1893

PASTO PARA LA MUJER

El estudio profundo de las modas es la literatura de las mujeres.

X.

Las modas constituyen el pasto intelectual de las mujeres, debiera haber dicho el autor que, después de haber arrojado esta chinita, esconde el rostro debajo de tres estrellas; y como del orden intelectual depende el moral, sáquese la consecuencia que puede desprenderse de una tal ilustración.

Ante todo, no se entiende bien cómo debe ser profundo el estudio de las modas; porque estudiar con toda profundidad una cosa que semeja una corteza, parece contradictorio: no siendo las modas ellas mismas profundas, poco se puede ahondar en ellas.

Pero es el caso, que no prestándose á lucubraciones muy serias, ni á meditaciones muy abstractas ni metafísicas, el amor á ese estudio, el afán de él y el continuo batallar del pensamiento sobre tan complicada materia, echa raíces en verdad muy penetrantes y que llegan al fondo del espíritu.

Entonces, una de dos; ó la raíz profundiza hasta llegar á lo más oculto del ser humano, y á invadir su alma entera, ó ésta se viene á la superficie, como si se extendiera por la periferia del cuerpo, quedando hueca como las modas mismas y su idea incasante.

Pudiera perdonarse que á la mujer no se la ilustrase en ciencias, si se la hiciese una doctora, si se la educase para esposa, madre y patria; pero dejaba vacía y ponerle encima el arte exterior y extravagante del vestido y el tocado, es tratar á la mujer como hacen los grandes modistos con los maniqués que exhiben en sus muestrarios, ó como los figurines que dibujan en esas cartulinas generadoras de antojos y ocasionadoras de los más ruinosos despilfarros. Ya que no se haga lo bueno, que no se incurra en lo malo.

Si nuestra moral elegante consiente que la mujer no tenga ilustración, ó la tenga de relumbrón, al menos que no tolere esos atecionamientos tan funestos para los intereses de la familia y de la sociedad. El primer grado de la inmoralidad consiste en el olvido del deber: el segundo en su infracción. En un siglo tan positivista é interesado, se entiende bien lo primero, pero no lo segundo, porque aquello ataca á la moral; pero esto ataca al bolsillo, y hace mucho tiempo que para la generalidad de las gentes, la moral se encierra en la bolsa, como la conciencia en el estómago.

Hablar pues, contra esa educación de taller y tocador en nombre del deber, nos parece excusado; pero hablar contra ella en nombre del interés, lo creemos oportunísimo y eficaz.

No es esta la primera vez en el mundo que el lujo ha corroido la sociedad y levantando altos muros ante el matrimonio base de las buenas costumbres y fundamento de la posible felicidad terrestre; así es que nos sería fácil hallar ejemplos en comprobación de la doctrina, sin que sea culpa de nadie que no se hayan aprovechado y que sea preciso acudir á ellos, pero como está visto que los errores tienen en ser tales la mejor garantía de perpetuidad y de dominio entre los mortales, sobre todo entre los mortales de poco seso ó de

cabaza hueca, conviene seguir la campaña y repetir por la mil millonésima vez, lo que ya se ha dicho en tantos tonos.

¿Cuándo será moda velar por el porvenir de las mujeres, tan ligado con el nuestro? ¿Cuándo se esitará vestirlas lujosamente por dentro y sencillamente por fuera? ¿Cuándo podremos las galas en el alma dejando el traje sin adornos? ¿Cuándo adornaremos el espíritu con esos hermosos diamantes del buen juicio y la bella virtud, limitándonos á prender una flor en los cabellos y atar una cruz al cuello de la mujer?

Como nos enamoramos por fuera, es natural que lo de fuera sea lo exornado. Si amamos el rostro, albrayalde; si el talle, ballenas de acero; si el cuerpo, sedas y encajes; si el continente, posición del figurín, miradas fingidas, actitudes falsas, andar académico; y allá vá esa mecánica, ya deslizándose como una sombra, para que no se le descomponga un pliegue del vestido, ya paseando procesionalmente medio cuerpo con el otro medio, ya tiesas como si les diese sonrojo de que se supiera que tenían piernas, ya oscilando como péndulos, en la creencia de que todas las andaluzas son flexibles de caderas y de que no puede haber gracia sin ondulaciones de la falda. Modas, modas caprichosas y tiránicas que embuten á las damas en un molde, hasta tal punto, de que viendo una se ven todas, no ya de lejos, sino á veces muy de cerca, porque si á la despótica deidad se le antoja que todas las mujeres sean rubias, se multiplican prodigiosamente los cabellos de oro, y si prefiere que sean pelinegras, resultan todas morenas con pelo de azabache. Es raro que no se haya antojado á la moda poner los cabellos verdes ó rosa; porque seguramente se habría dado un espectáculo por demás peregrino y nuevo.

Las modas llevadas á rigor son molestas, costosas y ridículas; seguidas en imitación del mundo elegante por cuantas desde fuera de él pretenden ingresar en su seno, resultan cursis y risibles; y penetradas en su fondo por todas esas damas, y aun caballeros, que hacen de ellas el único objeto de su estudio y de sus preocupaciones, se convierten en vergonzosas, porque el origen de esos factuosos caprichos es, por lo general, bastardo, y los modelos suelen estar en una esfera en que no debiera penetrar ninguna señora y que no invadiría seguramente la que lo hubiera llegado á descubrir. Pase porque las modas desvelen los fútiles ingenios de los «modistos», tipos desconocidos para nosotros: pase porque se encuentren los inventores del lujo indumentario entre los industriales codiciosos, atentos á su ganancia; pero ir á las mujeres del teatro, á las del «demi monde», á las «coquettes» (¡con qué placer estampamos nombres extranjeros, al citar estos tipos!), á las que aquí llamamos «horizontales», mujeres del gran mundo, entretenidas ó vengadoras, es buscar desdichados textos para la educación de la mujer cristiana, y como tal modesta, prudente y virtuosa. El Evangelio contiene el figurín que ha de copiar la mujer dentro y fuera del hogar; bien lo sabe ella, y sí, que lo aprenda.

Cristian.

EL SHAH DE PERSIA

Nars-EI-Did es muy conocido en Europa y no hace mucho dejó grandes recuerdos en París y en Londres. Un viajero que le ha visitado recientemente en sus Estados ha escrito acerca de la vida íntima de ese soberano algunos detalles muy interesantes.

El palacio de Ark, que el hijo de Mahomad habita, es una pequeña población cerrada, situada en el centro mismo de la capital de Persia. El edificio principal se divide como la habitación del musulmán más pobre en dos partes, el *anderoun* (interior) y el *biroun* (exterior) donde se verifican todos los actos de la vida oficial.

El nuevo *anderoun* construido hace muy pocos años, se desenvuelve alrededor de un patio rectangular que tiene cien metros de cada lado, y lo constituyen edificios grandes como cuarteles con tragaluces al patio, que no tiene más que una puerta.

Las habitaciones de las mujeres del soberano son todas por el mismo estilo, vastas piezas decoradas con dibujos arabescos, que se destacan sobre el fondo blanco de la cal, y por todo mobiliario alfombras, almohadones, cogenes, cajas de música, suizas y austriacas, y unas enormes arcas forradas de cobre, donde se guardan las joyas y las galas. Como todos los trajes son de gasa ó de seda, se puede encerrar en una de estas arcas todo un vestuario, aunque esté muy bien provisto.

El shah se levanta todos los días á las 8 y media y se entrega á un peluquero que le arregla la barba; enseguida practica minuciosas abuciones y se pone un pantalón y una camisa de corte europeo y un largo gabán de cachemir azul, que marca el talle y parece un capote militar.

Toma el té, y abandona el *anderoun* para salir al *biroun*, donde está la sala del trono y el museo donde se guardan todos los objetos que S. M. ha adquirido durante sus viajes.

A las diez y media el shah pide el almuerzo, que se compone de un potage con hortalizas sazonadas con leche, cordero y pollo muy asados. Todo se lo sirven junto en un plato gigantesco y envuelto en el arroz mejor de Mizendaran.

S. M. come muy pulcramente con los dedos de la mano derecha, bebe agua helada y escucha atentamente mientras almuerza la lectura de los periódicos europeos, que le traduce el doctor Tholozan. Toma como postre un queso muy duro, le sirven café en una taza muy pequeña, y el Kalyandjy, que podíamos llamar el gentil hombre de la pipa, le presenta la indispensable para fumar.

Sólo en las grandes solemnidades, los príncipes de la sangre, que llegan al número de sesenta, son invitadas á las comidas del rey. Después de almuerzo se va al jardín y allí despacha con sus ministros mientras pasea. El rey marcha delante y el ministro sigue detrás leyéndole los informes. El soberano decreta en el acto y muy brevemente, á no ser que se trate de un negocio muy grave.

Cuando los visires se han retirado recibe á sus hijos y á sus favoritos, se distrae jugando con ellos y cogiendo fruta de los árboles, y sale después de palacio á caballo, y seguido de numerosa escolta va á visitar las jaulas donde tiene sus leones, sus panteras y los kioskos llenos de infinidad de micos que le divierten mucho.

Al ser de noche vuelve á palacio, le sirven aperitivos y dos horas después la comida, muy parecida al almuerzo, solo que S. M. la hace rodeado de sus mujeres á

las que obsequia de cuando en cuando con una bolita de arroz formada por sus reales dedos.

Terminada la comida comienzan las danzas, la música y el canto, y cuando el sueño llega á cerrar los párpados del soberano, se apoderan de él cuatro mujeres muy hábiles en el *masaje*, le desnudan, le envuelven en batas perfumadas, le acuestan, y por medio de sabias fricciones le adormecen.

Su sueño es constantemente velado por estas mujeres, dirigidas por otra de edad madura y costumbres austeras, jubilada del serrano.

Las músicas tienen que estar siempre dispuestas para cualquiera hora á que S. M. se despierta, lo mismo que las señoras del harém, que no reposan nunca mientras su dueño y señor no duerma prolongadamente.

DUELO A MUERTE

Si leyéramos en una novela, como resurrección de costumbres que ya parecen olvidadas, que, al salir de una fiesta en la que dos jóvenes habían tenido una acalorada disputa, hubiese concertado un lance en condiciones terribles, verificándose aquél á las pocas horas y en presencia de más de 150 personas, y que sobre el campo del honor había quedado muerto en el acto, atravesado por la espada de su enemigo, uno de los contendientes, ¿sería extraño que exclamáramos: ¡qué inverosímil es esto!

Pues bien; todo ello ha ocurrido en la Habana, y entre personas muy conocidas en aquella sociedad. La fiesta fue un banquete; el desafío se efectuó en las inmediaciones del castillo del Morro; lo presenciaron tantas gentes como hemos dicho; la víctima fue D. Alfredo Jorrín y Moliner, perteneciente á una distinguida familia habanera, y su contrincante un oficial del cuerpo de artillería.

Así lo refieren cartas que ha traído el correo de Cuba.

Bien podemos, pues, repetir, una vez más, que no hay escritor alguno cuya inventiva supere á la realidad.

Variedades. Charada

La tía primera cuatro
aviciada en la huerta,
viuda, con una hija
hermosa como una perla;
con ademán descompuesto
decía á su prima Anselma:
—Estoy en riscomodá,
porque Juan cuatro primera
hase días mira mucho
dando patás por la huerta
á cuatro segunda prima
y sabe esa pata seca,
que yo no he de permitir
que meatre en la parintela.
Yo solo quiero en er mundo
mas que monea y riqueza,
tersia tres segunda prima,
tersia cuarta dos primera
y tres primera dos una
pa vevir mu riscomoda.
Al oír lo que ancedo,
todo que estaba muy cerca
oculta tras de una puerta,
dijo:—Aprovecho el aviso
y obraré con gran cautela
evitando que una cuatro